

CUENTOS PARA FORTALECER LA AUTOESTIMA Y LOS DERECHOS DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

**Dirigidos a niñas y niños
de entre 6 y 12 años**

Raquel Miguez
Clara Redondo
Esperanza Fabregat
Elena Queral



CUENTOS PARA FORTALECER LA AUTOESTIMA Y LOS DERECHOS DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

**Dirigidos a niñas y niños
de entre 6 y 12 años**

Raquel Miguez
Clara Redondo
Esperanza Fabregat



Autores:

Raquel Míguez
Clara Redondo
Esperanza Fabregat

Ilustraciones:

Elena Queral

Edita:

CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:

Diciembre de 2012

Maquetación:

IO Sistemas de Comunicación

Imprime:

IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:

Jesús M^a Sánchez Herrero, Jesús Salido Navarro, Nuria Buscató Cancho, Eusebio Dorta González, Juan Manuel Jiménez Lacalle, José Pascual Molinero Casinos, Elena González Fernández, Carmen Aguado Cabellos, Nieves Natalia García Pérez, Juan Antonio Vilches Vázquez, José Luis Lupiáñez Salanova, Emilia Ruiz Acitores, Silvia Caravaca Mesalles, Mustafá Mohamed Mustafá, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxio Taboada Arribe, José Luis Pazos Jiménez, Andrés Pascual Garrido Alfonso, Virginia Pelluz Huertas, Petra Angeles Palacios Cuesta, Ana Moya Díaz.

ÍNDICE

Prólogo	7
El viaje de Teresa. Raquel Míguez	13
El rugido de la camioneta. Clara Redondo	27
Ese lugar donde nacen los gritos. Esperanza Fabregat	43

PRÓLOGO

Es en el seno de la familia donde se define la autoestima de los niños y niñas, donde aprenden a aceptarse y a quererse a sí mismos y, por lo tanto, donde aprenden a reconocer si su opinión es o no valorada.

Es decir, un niño o niña, en función del estilo educativo de sus padres y madres, aprenderá muy pronto a conocer si debe o no dar su opinión y a reconocer si lo que piensa o dice es valioso para los demás.

Además, también está ampliamente constatado que las actitudes y comportamientos que los niños aprenden en la familia los extrapolan a los demás contextos sociales como

la escuela y la pandilla, y tienden a extenderse a todas las etapas de sus vida.

Por ello, es fundamental que, para lograr que un niño o niña desarrolle la capacidad de dar su opinión asertivamente y de sentir que sus opiniones son tenidas en cuenta, la familia que le educa acoja un estilo educativo democrático y participativo que propicie que todos sus miembros tengan derechos y deberes y que, por lo tanto, opten por entrar en las tomas de decisiones familiares.

Es decir si queremos lograr que nuestros hijos e hijas sean capaces de defender sus derechos y sus ideas, deberemos como padres y madres transmitirles que sus ideas son importantes para nosotros y que sus iniciativas son valiosas.

En este sentido las acciones más importantes que debemos llevar a cabo son: escucharles activamente cuando

hablan, darles protagonismo en las tomas de decisiones y fomentar su autonomía ofreciéndoles responsabilidades.

Por otro lado, debemos explicarles, a través de ejemplos y experiencias acordes a su edad, que lo que ellos dicen y piensan es importante y que, por lo tanto, creer en si mismos es fundamental para que logren ser personas felices y solidarias.

En este sentido, el objetivo de estos cuentos es aportar a los padres y madres una excusa para hablar sobre estos temas con sus hijos e hijas. Los cuentos leídos en cooperación con los padres y madres aportan una herramienta divertida y mágica que facilita muchísimo el abordaje de temas de interés con los niños y niñas dentro de un marco lúdico y relajado.

En los cuentos que os ofrecemos a continuación vais a encontrar personajes que se deben enfrentar a situaciones

donde su autoestima o sus capacidades para defender sus ideas o negociar con otros están en juego, y por lo tanto, vais a poder reflexionar con vuestros hijos e hijas la importancia de estos temas.

También en los cuentos os vais a encontrar modelos y estilos de familias que, a través de la forma que interaccionan con sus hijos e hijas, ayudan o impiden que estos sean capaces de ser autónomos y de tener una buena autoestima. En este sentido, las reflexiones surgidas fruto de su lectura también os ayudarán a revisar cómo es vuestra forma de educar y si podéis mejorar algunas de vuestras habilidades para lograr el objetivo de que vuestros hijos e hijas tengan una mejor autoestima y sean capaces de tomar decisiones y defender sus ideas.

Con el objetivo de facilitar su comprensión, os proponemos una serie de preguntas genéricas que podéis formular a vuestros hijos e hijas en cada cuento y que os pueden

ayudar a dialogar sobre los valores y a reflexionar sobre sus contenidos;

- ≡ ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento?
- ≡ ¿Qué consecuencias tienen las diferentes decisiones que van tomando los personajes del cuento?
- ≡ ¿Cómo resuelve el protagonista el conflicto que ocurre en el cuento?
- ≡ ¿Qué habilidades y valores nuevos ha aprendido en el desenlace del mismo que están vinculados al aprendizaje de nuevas capacidades y al fortalecimiento de su autoestima?

Estos cuentos han sido escritos por cuentistas de prestigio e ilustrados por una dibujante especializada en infancia. Esperamos que los disfrutéis y que os sirvan para reflexionar juntos sobre qué conductas y habilidades os pueden ayudar más para conseguir vuestros objetivos educativos.

EL VIAJE DE TERESA

Raquel Míguez

En casa, últimamente, pasaban cosas extrañas. El lunes se esfumó el cuadro del comedor; el miércoles la alfombra de la sala; el viernes solo quedaban cuatro platos soperos y, en el cajón de los cubiertos, cuatro tenedores, cuatro cucharas y cuatro cuchillos.

Yo quise preguntar a dónde habían ido a parar nuestras cosas, pero, cada vez que abría la boca, mamá y papá se me adelantaban:

—Ahora no, Teresa, ¿no ves que estamos liados?

Llegué a la conclusión de que estaban vendiendo lo que no necesitábamos. El cuadro de la sala molaba, con sus caballos corriendo por el prado pero, al fin y al cabo, no era más que un cuadro: solo servía para adornar. La alfombra era calentita, daba gusto sentarse encima en invierno, pero en verano era un incordio y había que apretujarla en el altillo de un armario. Tampoco me pareció tan raro que vendiesen los platos que nos sobraban. Con tener uno para cada uno, y otro de repuesto para cuando viene a comer el abuelo...

Pero el sábado metieron la tele en una caja y, aunque papá y mamá seguían muy liados pensando en sus asuntos importantes de padres, les obligué a escucharme:

—¿Es que también vendemos la tele!?

Me miraron mientras sujetaban la caja cada uno por un lado.

—¡Pero Teresa! —exclamó papá—. ¿Cómo se te ha ocurrido que estemos vendiendo nuestras cosas?

Se miraron otra vez y luego me dijeron:

—Teresa, nos mudamos.

Fue lo peor que podían haber dicho. Peor que: «Teresa, estás castigada sin jugar por siempre jamás». Igual de malo que: «Teresa, mañana se acaba el mundo».

—Yo no me quiero mudar —protesté.

Pero ellos ya estaban otra vez empaquetando:

—Te va a encantar la casa nueva.

—Hay un parque enorme enfrente, con ardillas.

—Desde la ventana de tu habitación se ve el monte.

—Vas a ir a un colegio precioso.

Hablaban sin parar, y sin dejar de guardar cosas en cajas. Pero yo solo pillaba palabras sueltas: «casa», «ardillas», «monte», «colegio»... ¡«Colegio»!

—Yo no me quiero mudar —protesté otra vez.

Entonces sonó el timbre y entró como un tornado un señor forzudo, con un loro tatuado en el brazo.

—Señora, dígame por dónde empiezo a embalar —dijo el señor forzudo.

—Empiece usted por la cocina —contestó mamá—. Y dese prisa, por favor.

Antes de lo que tardo en contarlo, el hombre empaquetó los libros de recetas, la sopera y las banquetas mientras yo, arrugada en una esquina, le veía trabajar.

—Mamá, yo no me quiero mudar —insistí, mientras ella envolvía sus figuritas de cristal en papel de periódico.

—Teresa, esto es cosa de mayores —dijo—. Luego hablamos.

—Pero mamá, es que yo no me quiero mudar.

—Luego, Teresa —me contestó papá—, ¿no ves que estamos liados?

Entonces entré en mi habitación. Quería defender mis cosas del señor forzado, que era alto como una montaña. Y fuerte, como para llevarse mi cama, mi armario y mi bici únicamente con la ayuda de su loro tatuado.

Como una peli a cámara rápida, guardó en un baúl mi ropa, mis puzles, mi balón de baloncesto y mi lámpara. Entonces dio una zancada hacia mi mesa. Corrí a interponerme entre él y mi bola del mundo pero el forzado me levantó por los brazos, me dobló en cuatro y me empaquetó en el baúl. Entre mi abrigo y mi almohada.

Yo protesté, pero él estaba tan atareado que no me oyó. Tanta prisa tenía que no se dio cuenta de que yo era una niña. Una de carne y hueso, no una de mis muñecas.

En un estornudo, guardó mis libros, mi estuche de los lápices, mi carpeta de anillas. Después cerró y el baúl se quedó oscuro como una cueva. Me entró miedo. Abracé mi bola del mundo, que el señor forzado me había colocado sobre la barriga, e intenté jugar a los viajes. Giro la bola, cierro los ojos y la paro con un dedo. Luego abro los ojos

Y me imagino que viajo hacia ese sitio, dondequiera que esté. A veces tardo mucho en llegar: tengo que coger el tren, luego un barco y después, lanzarme al mar y nadar un rato, porque mi destino es una isla a donde no viaja nadie, porque es una isla desierta.

Pero dentro del baúl estaba oscuro, no podía ver en qué lugar paraba mi dedo el mundo.

De repente, sentí que nos balanceábamos y grité con todas mis fuerzas:

—¡Mamá! ¡Papá!

Esperé a que me contestasen pero solo oí el ruido del ascensor:

—¡Papá! ¡Mamá!

—Ahora no, Teresa —contestó papá—, ¿no ves que estamos ocupados?

Y su voz se oía lejos, cada vez más lejos.

El forzado metió el baúl en el camión de la mudanza, arrancamos y me dio más miedo aún. Entonces abracé mi bola del mundo y me imaginé que viajaba de polizón, en la

barriga de un barco. Un viaje arriesgado, porque no tenía comida, ni agua y no sabía cuánto tardaríamos en llegar a puerto. Apreté más los ojos y pensé en todos los peces del fondo del mar, que se apartarían a nuestro paso. Y cómo la quilla peinaba el mar con raya al medio. Poco después, me imaginé que dejábamos atrás los restos de un antiguo naufragio y decidí que, algún día, volvería para echar un vistazo. Por fin sentí que el barco, digo, el camión de la mudanza, paraba.

Unos minutos después, nos balanceamos de nuevo, entramos en otro ascensor y, por fin, nos dejaron caer al suelo. Como si hubiésemos encallado en la arena. Habíamos llegado a una isla remota, desconocida, desierta...

Al momento, la voz de mamá me hizo volver a la realidad:

—¿Dónde está Teresa?

Y la de papá:

—¿Usted no la ha visto? Estaba en su cuarto.

Y la del señor forzado:

—Le aseguro que no había nadie en aquella habitación.

Durante un rato, todo fueron voces gritando mi nombre; abrir y cerrar de cajas; carreras lejos y cerca.

Yo iba a llamar:

—¡Mamá! ¡Aquí!

Pero estaba enfadada. Y no quería desembarcar en un sitio donde no había amigos, ni colegio, ni nada mío.

Dejé que me siguieran buscando un rato, hasta que pensé que no podía quedarme para siempre en mi baúl. Sin comida. Sin agua. Sin poder hacer pis.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Aquí!

Ellos no paraban de gritar:

—¡¿Dónde está Teresa?!

—¡Aquí! —repetía yo—. ¡En este baúl!

Por fin me oyeron, abrieron la tapa, me ayudaron a salir y me estiraron los brazos y las piernas. Se me habían quedado como las solapas de las cajas de cartón.

El señor forzado, que ahora parecía más pequeño, no hacía otra cosa que pedirme perdón por su despiste. Que

sentía no haberse dado cuenta de que fuese una niña de carne y hueso. Que nos descontaría un nosecuánto por ciento de su tarifa por «tan imperdonable error».

Papá y mamá no le escuchaban: solo querían asegurarse de que yo estaba sana y salva. Cuando se tranquilizaron, nos sentamos en las cajas, aún sin desembalar.



—Yo no me quiero mudar.

Había repetido esa frase muchas veces, pero, esta última, nada más soltarlo, sentí una lágrima al borde del ojo.

Intenté con todas mis fuerzas mantenerla a raya porque, ya se sabe, cuando se te escapa una lágrima, detrás van las demás. Como ovejas

despeñándose por un barranco, se saltaron todas mis lágrimas, una detrás de otra:

—¿Por qué no me lo dijisteis? —pregunté, entre hipo e hipo.

—¡Ay Teresa! Estábamos tan liados... —repitió papá con voz triste.

Mamá me abrazó mientras me explicaba:

—Nos teníamos que mudar enseguida porque, ahora, papá trabaja en casa. Necesita una habitación donde instalar su mesa grande. Y, además, esta casa está más cerca de mi oficina, Teresa. Llegaré más temprano...

Pero yo ya no podía parar de llorar. Aquello no era justo:

—¿Y yo, qué? —protesté.

—Tú vas a ir a un colegio precioso, Teresa. Hasta tiene cancha de baloncesto.

Eso me hizo llorar más fuerte:

—¡Me gusta mi colegio!

Papá y mamá se levantaron sin decir nada más. Cenamos unos bocadillos de jamón de york, porque aún no teníamos cocina, y me metí en la cama con el último bocado en la boca, porque cuando lloro, me cuesta tragar.

Mi nueva habitación tiene las paredes color verde pistacho. Y es el doble de grande que la antigua y tengo una ventana que da al parque... Pero yo solo podía pensar que habíamos desembarcado en la isla desierta, en lo lejos que estarían mis amigos... Estaba tan triste, que no me fijé en la ardilla que me miraba desde una de las ramas que rascan el cristal de mi ventana.

Al día siguiente, papá y mamá me esperaban en la cocina.

—¿Quieres una tostada? —me preguntó papá, después de un abrazo grande como la noria del parque de atracciones.

Nos sentamos a desayunar y mamá, entonces, me explicó:

—Teresa, papá y yo hemos hablado mucho esta noche. Tienes razón: teníamos que haberte contado que nos íbamos a mudar. A ti, antes que a nadie. Estábamos tan liados que se nos olvidó lo más importante.

Papá me puso delante mi plato de tostadas:

—¿Nos perdonas? —me preguntó.

—Sí, os perdono —contesté.

Porque, aunque hubiesen pasado de mí, papá y mamá me gustan...

Y añadí con la boca llena:

—¡Pero yo no quiero cambiar de colegio!

Se miraron.

—Teresa —empezó mamá— nosotros no podríamos llevarte.

—Y está un poco lejos para que vayas andando —añadió papá.



—Pero ya tengo ocho años —les recordé yo, por si se les había olvidado—, y Elena Gómez va siempre al colegio en bus, ¿por qué no puedo hacer lo mismo?

Se miraron otra vez.

—Por favor —insistí— yo no me quiero cambiar de colegio...

—Lo de que tienes ocho años también lo hemos hablado papá y yo... Ya eres una niña un poco mayor —dijo entonces mamá.

—Y sí, el cole está un poco lejos, pero, ¿para qué queremos el bus que para en la esquina? —añadió papá con una sonrisa de oreja a oreja— No creo que sean más de tres paradas hasta el colegio de siempre,.

—Pero el primer día, iremos contigo —me avisó mamá, apuntándome con el dedo.

Entonces, de repente, la isla desierta se convirtió en «mi» isla desierta. Volví a la habitación color verde pistacho, que es mi preferido, y saqué la bola del mundo del baúl. La coloqué en la mesa, debajo de la ventana y entonces la vi. Allí estaba la ardilla, comiendo piñones y saltando de una rama a otra. Pensé que a mis amigos les iba a gustar mi nueva habitación.

Ahora cojo el bus para ir a mi colegio. Al cole de siempre.

El cuadro de los caballos ha vuelto al comedor y la alfombra al suelo de la sala. Los platos y los cubiertos están en los cajones de la cocina nueva y el señor forzado, que

sigue haciendo mudanzas por la ciudad, se pasa por aquí de vez en cuando:

—Es que le he cogido cariño a Teresa —dice.

Y me cuenta la historia del loro tatuado en su bíceps. Se llama Sir Arthur y antes de ser un dibujo, fue un loro de carne y hueso que alguien, sin pedir permiso, se trajo en un barco desde la selva tropical hasta Europa Occidental. Por suerte para Sir Arthur, cuando estaba a punto de morir de tristeza, lo adoptó el señor forzudo. Y en su brazo tatuado vive desde entonces.

EL RUGIDO DE LA CAMIONETA

Clara Redondo

A Celeste le gusta ponerse la camiseta del revés. Alejandra, su hermana mayor, le dice que se la cambie antes de ir al colegio.

A Celeste le gustan las tostadas con mantequilla y azúcar que le prepara Alejandra para desayunar.

Todas las mañanas, Celeste y Alejandra van para el colegio. Alejandra siempre deja primero a su hermana a la puerta de clase y luego ya se va para el instituto.

—¿Lo llevas todo en la mochila, Celeste?

—Sí.

—Tómate el bocadillo en el recreo, ¿vale?

—Vale.

—Y atiende bien a la profesora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Todas las mañanas igual. Pero ese día, Celeste nota que su hermana está rara. No le dice que se coma el bocadillo ni que atienda en clase. Ni le insiste en que a las cuatro en punto pasará a recogerla, que no se entretenga. Ni

que salga con el abrigo puesto porque en la calle hace frío. Ni todo ese montón de recomendaciones con las que la bombardea cada día antes de meterse en clase. Está claro: algo le ocurre a Alejandra, y eso le hace estar toda la mañana despistada mientras emborriona de círculos y cuadraditos encadenados varias carillas del cuaderno. Menos mal que están sus amigas Marta, Gema y Estela, con las que consigue distraerse y jugar en el recreo. A las tres en raya, a la peonza, al un dos tres al escondite inglés sin mover los pies.

Cuando sale del colegio, ya la está esperando Alejandra. Está ahí plantada, moviendo la pierna como si tuviera un calambre permanente.

—¡Por fin sales! Venga, vamos para casa.

Qué raro. No se ha fijado que no lleva el abrigo puesto... con el frío que hace.

Todas las tardes, las dos suelen pasar por el callejón dulce, es así como lo llaman ellas, porque siempre entran a merendar en esa pastelería del luminoso de color chocolate y que huele a azúcar tostado. Pero esa tarde, Alejandra pasa de largo y Celeste no rechista.

Al otro lado de la calle, hay un corrillo de gente que mira embobada a un hombre vestido de cowboy que está quieto, quietísimo, no se le mueven ni los pelos de las cejas. Parece que nadie se atreve a dejarle una moneda en el suelo por si un movimiento brusco les asusta.

—¿Le echo una moneda? —pregunta Celeste.

—No tenemos tiempo, vamos —dice Alejandra nerviosa.

Pero ya alguien se les ha adelantado y justo cuando pasan por delante del cowboy, este desenfunda su pistola y “¡bang, bang!”. De mentira, claro, pero vaya susto.

—¿Ves? Era peligroso —le dice Alejandra mientras la coge rápido de la muñeca y se la lleva de allí pitando.

No hablan por el camino. No le pregunta por su examen, ni qué ha comido en el colegio, ni qué deberes tiene para hoy, como suele hacer. Cuando llegan a casa, su hermana se mete enseguida en su cuarto.

—Alejandra, ¿me ayudas a estudiar?

—Hoy no hace falta que estudies. Ponte a jugar. O haz lo que quieras. Yo tengo mucho que hacer.

—Vale.

Celeste obedece y se pone a pintar en el enorme pizarrón que le trajeron los reyes estas navidades. Mientras perfila con la tiza un montón de cuadraditos y triángulos en cadena, empieza a escuchar mucho jaleo en la habitación de su hermana. Enseguida deja las tizas y va a ver qué ocurre. Se asoma a la habitación de su hermana y se la encuentra yendo de acá para allá, abriendo y cerrando cajones y rebuscando dentro de ellos.

—¿Qué pasa? —se atreve a preguntar Celeste.

—Nada, nada, no me pasa nada. Tú a lo tuyo, yo estoy bien, muy bien, estoy genial, no me pasa nada, tú vete, que yo estoy bien, muy bien. Déjame tranquila.

Está claro que pasa algo, piensa Celeste, pero la obedece. Después de un rato, llega su padre de trabajar. Alejandra sale entonces de su habitación.

—¿Qué tal el día, hijas?

—Todo bien, papá, todo en orden —su hermana se la ha adelantado y Celeste se queda callada.

—¿Qué tenemos de cena, Alejandra? —pregunta su padre.

—No lo sé, no hay nada preparado.

—No te preocupes, hija.

Eso significa que cenarán huevos fritos, algo rápido, porque ya se ha hecho muy tarde y es hora de irse a dormir. Cenar en silencio, y Celeste echa de menos las tonterías de su hermana, que siempre les suele hacer bromitas a su padre y a ella.

—¿Estás bien, hija?

Celeste busca los ojos de Alejandra para ver si dice algo, pero ella se levanta y empieza a recoger la mesa.

—Sí, estoy bien.

Ha dado por terminada la conversación. Abre el lavaplatos y mete en estricto orden cada cosa en su sitio.

—Venga, Celeste, a la cama —le ordena Alejandra seria, muy seria.

—Haz caso a tu hermana, hija —le dice su padre con voz cansada.

Ella se va sin rechistar. Su padre la acompaña a la cama.

—Buenas noche, hija.

—Papá.

—Qué.

—Alejandra está rara.

—Ya me he dado cuenta. Venga, lee un poco, que ya nos enteraremos de qué le ocurre.

Celeste abre el libro por la página veinte, donde lo dejó ayer, y trata de leer, pero no pasa de la primera línea, porque enseguida escucha a su hermana hablar. No entiende lo que dice, pero está alterada, se la escucha más de la cuenta. Celeste no puede resistir la curiosidad y se asoma a ver qué ocurre. Allí delante se encuentra con su padre, que también quiere enterarse de algo. Acercan los dos sus orejas a la puerta, y ya sí, la escuchan perfectamente.

—No sé cómo ha pasado, Julia, pero el dinero ha desaparecido.

—(...)



—No, no tengo ni idea. Si lo supiera no estaría hablando contigo. ¡Menuda faena! ¡Todo el dinero de la fiesta se ha ido al garete! Y el viaje de fin de curso también. Los demás me van a matar.

—(...)

—¿Cómo que no es culpa mía? Yo me encargué de guardarlo y voy y lo pierdo. Mierda. No sé dónde se me habrá caído, o puede que me lo hayan robado, pero cuando salí del instituto lo llevaba encima.

—(...)

—¡No me digas que me tranquilice! ¡Estoy tranquila!

Celeste no puede creer lo que está oyendo. Su hermana, su hermana diez, la que siempre le soluciona los problemas, está en un apuro. Mira a su padre, que también está sorprendido. De puntillas se vuelven y se van para el cuarto de Celeste, que se mete en la cama.

—Bueno, pues ya nos hemos enterado de lo que le pasa. Algo tenemos que hacer, ¿no te parece, Celeste?

—¿Yo?

—Sí. Tú y yo. Ya va siendo hora de que hagamos algo por tu hermana, que siempre es ella la que se ocupa de nosotros.

Las palabras de su padre se quedan clavadas en su cabeza porque es la primera vez que las escucha. "Siempre es ella la que se ocupa de nosotros". Tiene razón.

—Ya me encargo yo, papá — dice después de unos momentos de silencio.

Cuando su padre cierra la puerta de su habitación, su mente empieza a funcionar a toda velocidad, aunque a los siete minutos o así se queda dormida (es de sueño rápido y fácil).

A la mañana siguiente, se levanta con ganas de hacer algo. Algo importante. Algo... no sabe qué, pero... tiene ganas de desayunar.

Durante los dos días siguientes, su hermana está de muy mal humor y se mete en el cuarto de baño más tiempo de lo normal. No hay tostadas con mantequilla para desayunar. Ni tonterías a la hora de la cena. Mientras, Celeste la observa y la observa, y una idea se va haciendo sitio en su cabeza. Una idea nueva y excitante. Aunque tiene miedo de que le vaya a salir mal, siente como si fuera una camioneta que lleva mucho tiempo parada y por fin ha conseguido arrancar. No sabe por qué piensa esto, pero algo así es lo que la está empujando hacia delante. Y las ganas de hacer algo por su hermana, que, como dice su padre, «siempre es ella la que se ocupa de nosotros».

Para planearlo todo, necesita mucha discreción. Y alguien que le ayude. La discreción está asegurada, porque ella no suele dejar huellas por donde va. Lo de la ayuda... enseguida sabe que serán sus amigas. A Marta se le dan muy bien los trabajos manuales. Gema va a clases de pintura. Estela, a teatro. Y ella... Ella pondrá la idea y todo lo demás. Se lo contará a sus amigas y seguro que deciden ayudarla. Esa misma noche del martes, le dice a su padre que no se preocupe. Ya tiene un plan.

—¿De verdad, hija? ¿Quieres que te ayude?

—No, papá, ya me las arreglo yo sola.

Qué bien le sienta decirle eso a su padre. Los motores de la camioneta ya están rugiendo. A los siete minutos o así ya está dormida.

Al día siguiente, mientras vuelven a casa después del colegio, Celeste se atreve a pedirle algo a su hermana.

—Alejandra, hoy y mañana me tengo que ir a casa de Marta a hacer un trabajo de Cono.

—Vale.

—Llegaré para la hora de cenar.

—Vale.

Celeste se sorprende de que no le haya puesto ninguna pega: cómo vas a ir sola, tendrás que merendar antes, ten cuidado al cruzar la calle. Nada. Parece como que está en otra onda. Pero no dice nada más, tiene ganas de llegar a casa, coger las cosas y reunirse con sus amigas. A la altura de la pastelería, ningún cowboy está hoy al otro lado de la calle.

Si se pudiera enfocar con una cámara y ponerle voz a estas dos tardes que comparten las cuatro amigas, se escucharían cortes de papel, risas y más risas, y la habitación nos olería a cola y a pintura. A Celeste se le ocurre prepararles a sus amigas unas tostadas con mantequilla para merendar. Sabe muy bien cómo se hacen de tantas veces que lo ha visto hacer.

Para el domingo por la mañana, lo tienen todo preparado. Difícil de explicar cómo las cuatro amigas consiguen llegar hasta la acera de enfrente de la pastelería del callejón del dulce, cargadas con sus mochilas llenas de bártulos, cajas, alambres y etcétera. Y cómo visten a Estela en un gran traje galáctico de papel pintado. Y cómo esa astronauta

que está quieta, quietísima, se convierte en la atracción de todos los que pasan por allí. Y le dejan en el suelo una monedita, gesto que ella responde con un «chof-chof» de agua que sale de su arma intergaláctica. Y luego otra moneda. Y un chorrillo de agua. Y otra. Y otro chorrillo de agua. Y otra... Mientras, Celeste, Marta y Gema recogen el dinero y lo van guardando en un bolsito brillante, tan brillante como la actuación.

Después de dos horas de trabajo duro, deciden que por hoy se acabó el espectáculo. Recogen las cosas y, contentas, sobre todo Celeste, se van cada una para su casa.

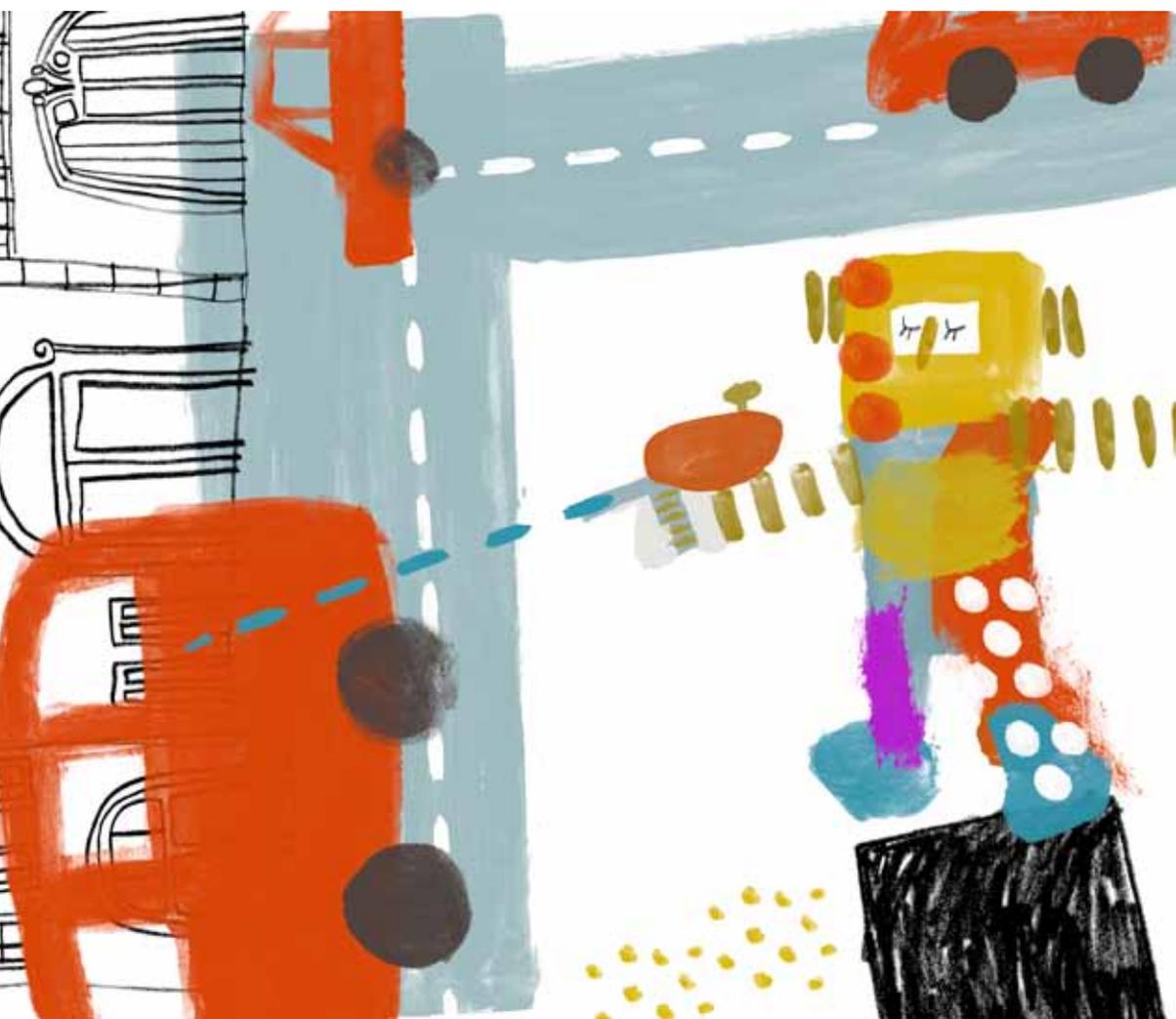
Cuando Celeste llega a su portal, no puede resistir la emoción y sube las escaleras de dos en dos, el corazón de su camioneta le ruge, pim, pam, pum.

—¡¿Alejandra?! ¡Ya estoy aquí!

Celeste encuentra a su hermana tumbada en la cama, escuchando música tranquilamente.

—¿Qué pasa, Celeste?

—Toma. Un astronauta ha venido de Marte y te ha dejado este regalo. —Y le extiende el bolsito brillante, tan brillan-



te como la actuación, con unas cuantas monedas dentro—. El dinero que se te había perdido.

—Pero... ¿Cómo...? Si yo no...

A Celeste se le mueven todos los pelillos del cuerpo cuando su hermana la abraza y le dice pero qué has hecho, y

le tira de la nariz y de los mofletes y la vuelve a abrazar y le vuelve a preguntar pero qué has hecho. Y así un buen rato hasta que Celeste se libera de sus garras y consigue decir unas palabras que le suenan muy pero que muy bien:

—Nada malo, confía en mí.

El padre se asoma a la habitación, pero, al verlas así, desaparece de nuevo mientras murmura «nada, nada, luego me explicáis todo este alboroto».

—Gracias, Celeste —le dice su hermana—. Ha aparecido el dinero, pero te lo agradezco un montón.

Y Celeste escucha cómo su camioneta sale volando a toda velocidad.

A Celeste le sigue gustando ponerse la camiseta del revés. Por las mañanas, es ella quien prepara las tostadas con mantequilla y azúcar para toda la familia.

ESE LUGAR DONDE NACEN LOS GRITOS

Esperanza Fabregat

—¡He dicho que no! ¡¡Y punto!!

Elías está acostumbrado. Sabe que esa es la frase con la que terminan todas las discusiones en casa. Hasta hace un par de semanas, después de ese «y punto», pronunciado unos cuantos decibelios por encima de lo que se considera saludable, llegaban el portazo y el paseo hasta el parque dando patadas a las piedras, a alguna lata olvidada en el suelo o a cualquier objeto que se cruce en su camino. Y jurando no volver. Pero desde que ha conocido a Noelia el paseo termina en su portal y la sonrisa de anuncio con que ella lo recibe le hace olvidar que, una vez más, su padre se ha negado a escuchar siquiera sus razones.

Llega a casa de Noelia enfadado con el mundo. Más enfadado que otras veces. Intenta contarle lo que ha pasado, cómo su padre se ha negado a escucharlo, pero ella no para de hablar de la nueva obra de teatro que está ensayando con los compañeros de clase. Está realmente guapa cuando se emociona así. Habla a toda velocidad, amontonando las palabras como si se le juntaran todas en la boca y salieran de allí a codazos. Elías suele perdonarle que no le preste atención. Pero no hoy. Las palabras que ella escupe parecen clavársele en la piel a medida que las pronuncia y nota cómo una parte oscura y remota de

su cerebro, esa parte en la que nacen los gritos, empieza a burbujear. Siente deseos de gritarle que se calle de una vez. En lugar de eso, se concentra en alinear piedrecitas blancas sobre el murete del portal. Al llegar al borde del ladrillo, donde se acababa el muro, traza con las piedras un curva para volver al inicio. Eso lo mantiene ocupado unos minutos más. Se para a comprobar su trabajo mirándolo como quien mira una obra de arte. Casi se le ha pasa-



do el enfado y Noelia vuelve a resultarle tan guapa como al principio, pero entonces ella se acerca por el otro lado del murete, lo limpia con la mano en un gesto descuidado que destroza la línea blanca y se inclina para besarlo.

—¿Qué haces? —grita Elías.

Ella lo mira sorprendida, con el beso aún colgando de los labios.

—Eh, solo eran piedras.

—¿Piedras? ¿Solo piedras? —Elías levanta la voz y trata de imprimirle sarcasmo—. ¡¡Piedras!! ¡¡Ja!!

—Eh, tranquilo. Vamos. ¿Qué te pasa?

—Tú me pasas. ¡Tú y tu estúpido teatro! ¡¡Eso me pasa!!

—¿Pero por qué me gritas?

—¡No estoy gritando!

—¿Te estás oyendo? —Noelia se acerca más a él y baja la voz—. Sí estás gritando, Elías.

—¡He dicho que no! ¡¡Y punto!!

Emprende el camino a casa sin entender muy bien qué ha pasado. Eran solo piedras y a él no le importaban nada. Había sentido deseos de gritar desde que había cerrado la puerta. Puede incluso que las burbujas del cerebro hubieran empezado a bullir unos segundos antes. Pero Noelia no se había ido, no había dado un portazo. Solo se había quedado allí, intentando hablar con él, tratando incluso de besarlo.

Abre la puerta y encuentra a su padre en el sofá, mirando la televisión. Por un momento se le cruza la imagen de Noelia ofreciéndole los labios después de sus gritos y sonrío imaginando que él hiciera lo mismo. Sopla hacia su flequillo como queriendo borrar esa imagen de allí donde se encuentre y saluda. Su padre responde con un "qué tal" y él encoge los hombros. Le vibra el móvil en el bolsillo del pantalón y va a encerrarse en su cuarto.

Noelia le ha mandado un mensaje.

Teclea varias disculpas, pero las borra nada más escribirlas. No ha sido para tanto. Al final se decide por un: "Mal día. Lo siento" con el que aplaca un poco su conciencia, pero casi antes de que termine de enviarlo, Noelia lo llama. Oye a su padre cacharreando en la cocina, posible-

mente preparando la cena, cuando descuelga el teléfono. Quiere saber si está bien, solo eso, y Elías le habla de la discusión con su padre, aunque en realidad ya lo ha olvidado, y le dice, sin llegar a disculparse, que ha sido de verdad un mal día.

–Pero no puedes pagar conmigo tus malos días.

–Venga, vamos a olvidarlo.

–Si me prometes que no vas a volver a gritarme así –dice Noelia tajante.

Y Elías nota cómo burbujea ese lugar de su cabeza donde nacen los gritos, quiere pararlo, pero la ebullición es más fuerte que él y, mientras balbucea excusas, el tono de su voz sube hasta que Noelia cuelga el teléfono y él se queda como un pasmarote, mirando su cara congestionada en el espejo. Lanza el teléfono contra la cama, sale al pasillo y escucha a su padre en la cocina, que silba mientras cocina.

–No tengo hambre –le dice desde la puerta. Y vuelve a encerrarse en su cuarto sin escuchar la respuesta.

Por la mañana la cocina huele a tostadas y Elías casi se ha olvidado de los gritos de ayer. Seguro que Noelia también

los ha olvidado. Se va a sentar a desayunar cuando oye los pasos de su padre por el pasillo.

–Buenos días, hijo. Hoy iremos a ver a los abuelos.

–¿Hoy? ¿Tiene que ser hoy?

–Vamos, Elías, no empieces.

Elías abre la boca para contestar, pero imagina todo lo que viene después y siente una pereza horrible. Sale de la cocina sin despedirse siquiera y antes de llegar a su cuarto escucha la voz de su padre:

–¡No me dejes con la palabra en la boca!

Cuando sale a la calle todavía le rebotan en la cabeza los gritos que han seguido a esa frase. Quiere golpear algo y, a falta de un saco de boxeo con el que cebarse, da patadas a todo lo que encuentra. Noelia lo espera sentada en el murete, sonriendo. Ha dibujado una línea blanca con las piedrecillas del suelo y se la muestra con mucho teatro, como si presentara una novedad mundial o una gran obra mucho tiempo esperada. Sonríe y le dice que lo hicieron mal, que mejor empiezan por el principio, pero a él no le hace gracia. De hecho, le parece un estupidez y se lo dice.

Se lo dice un poco más alto de lo que debería y ella contesta bajando la voz. Apenas puede oírla y eso lo enfada. Le habla más alto y ella contesta cada vez más bajo hasta que tiene que acercarse a pocos centímetros de su cara para escucharla. Las burbujas de su cabeza se agitan hasta que Noelia, pegada a su cara, con apenas el espacio para un caramelo, saca la lengua y le roza la nariz.

–¡¡Bobo!! –le grita muy fuerte. Y antes de que pueda retirarse lo abraza. Y se ríe.

Elías quiere enfadarse, quiere gritarle, pero lo único que le sale de dentro, desde ese lugar oscuro en el fondo del cerebro donde nacen los peores insultos, es una carcajada.

Le duele la tripa de reírse cuando emprende el camino a casa, pero a medida que se acerca a su portal, empieza a dar patadas al aire casi sin darse cuenta. Para cuando gira la llave ya no le queda ni rastro de la sonrisa. Coge aire antes de empujar la puerta.

–¿Qué tal? –dice su padre.

Encoge los hombros, pero no contesta.

–Elías...

Vuelve a coger aire y nota cómo ese lugar remoto del cerebro donde nacen los gritos empieza a calentarse. Y recuerda el lametón de Noelia, que apaciguó las burbujas como si de un helado sobre chocolate caliente se tratase.

–Tienes muchas más tardes para ver a tus amigos.

–Es que no me has preguntado si tenía planes –dice Elías, unos decibelios por debajo de lo normal.

–¡No seas crío!

–Un crío con planes, papá. –La voz de Elías apenas se escucha más allá de la mesa de la cocina.

–¡¡Planes!! ¡¿Qué es tan importante?!

–Solo que me hubieras preguntado. –Lo dice casi sin mover los labios, para que no pueda leerlos.

–¡¡Habla más alto!!

–Cuando tú hables más bajo. – Esta vez Elías duda incluso si lo ha pronunciado y contempla divertido cómo su padre frunce el ceño. El chocolate de su cabeza ha fundido el helado, o tal vez ha sido al revés, y ahora es una mezcla dulce y templada. Noelia se sentiría orgullosa.



–¡¡¿De qué te ríes ahora?!! –La cara del padre está roja, como a punto de estallar.

Elías lo gira cogiéndolo por los hombros, para que se vea reflejado en el cristal de la ventana.

–Hemos empezado mal, papá –le dice. € imagina las burbujas indecisas en su cerebro–. ¿Qué tal si lo negociamos?

Y lo dice en un tono de voz con los decibelios justos, ni uno más ni uno menos. Y se sopla el flequillo para airear esa parte ya no tan oscura del cerebro en la que nacen los gritos.

CUENTOS PARA FORTALECER LA AUTOESTIMA Y LOS DERECHOS DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

Todos los padres y madres queremos que nuestros hijos e hijas sean plenamente felices y disfruten enormemente de sus vidas. Este objetivo está íntimamente relacionado con que nuestros hijos se sientan dignos de ser queridos y sepan defender sus derechos y sus ideas.

Esta publicación os ofrece tres cuentos, tres buenas excusas para poder dialogar y reflexionar con vuestros hijos e hijas sobre lo importantes que son sus ideas e iniciativas, y para hacerles conscientes de que su autoestima depende también de ellos y ellas.

Financiado por:



CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DE ALUMNOS
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
Email: ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es